

Monedas antihumanistas. Reseña de Poder y dinero en la era del bitcoin. Una historia de la moneda digital (Fondo de Cultura Económica, 2024) de Marco Mallamaci

Ulises Ferro¹

Recibido: 01/07/2024; Aceptado: 16/07/2024

Cómo citar: Ferro, U. (2023). Monedas antihumanistas. Reseña de Poder y dinero en la era del bitcoin. Una historia de la moneda digital (Fondo de Cultura Económica, 2024) de Marco Mallamaci. *Revista Hipertextos*, 12 (21), e087. <https://doi.org/10.24215/23143924e087>

Ficha técnica:

Título: Poder y dinero en la era del bitcoin. Una historia de la moneda digital.

Año de edición: 2024

Autor: Marco German Mallamaci

Editorial: Fondo de Cultura Económica

Ciudad de edición: Buenos Aires

Págs: 472



¹ Antropólogo (EIDAS-UNSAM) y doctorando en sociología (EIDAES-UNSAM). Sus investigaciones se vinculan con los estudios sociales de la economía y de la política. Ha escrito sobre las relaciones socioeconómicas de los sin techo de la Ciudad de Buenos Aires y el vínculo de los jóvenes de sectores populares con el Estado. Su investigación doctoral aborda las comunidades de criptomonedas en Argentina. Contacto: ulisesferro@gmail.com

Las criptomonedas y las tecnologías que les están asociadas son un terreno aun poco explorado por las Ciencias Sociales a nivel internacional y casi nulumamente visitado por la academia local. Eso ya hace de *Poder y dinero en la era del bitcoin* un libro novedoso. Su novedad también radica en que es un aporte desde la periferia, donde la atención de los científicos sociales suele centrarse en los problemas en apariencia más propios de la región, a pesar del creciente protagonismo que las tecnologías digitales están teniendo en América Latina, en general, y en Argentina en particular. Su autor, Marco Mallamaci, oriundo de Heidelberg, se licenció en Filosofía en la Universidad de San Juan, realizó la maestría en Sociología Económica de la Universidad Nacional de San Martín, alcanzó el grado de Doctor en Filosofía en la Universidad Nacional de Córdoba, fue becario posdoctoral del CONICET, y actualmente se desempeña como investigador del Centro de Estudios Sociales de la Economía de la UNSAM. El texto reseñado es fruto de esa trayectoria. Como filósofo, Mallamaci se propone reponer la larga historia de las ideas que dio origen, en tiempos recientes, a las criptomonedas, y, como sociólogo, analiza los procesos en que se constituye un campo criptomonetario, sus relaciones con la economía y las finanzas tradicionales, con los Estados y con organizaciones civiles. Además, especialista en teorías económicas y del dinero, el autor dialoga fructuosamente con la Economía, ciencia social maldita, usando a sus autores en ocasiones como fuente, pero también –y este es un gesto poco frecuente- como bibliografía autorizada. Así señala los límites epistémicos de sus marcos teóricos, pero también su productividad para la teoría social y remarcando sus efectos sociales, o, para decirlo foucaultianamente -vocabulario afín al autor- sus efectos de verdad. Como se desprende del libro, la performatividad de la economía (Callon, 2008) se hace en extremo evidente en lo que respecta a las criptomonedas. El autor asevera que los sistemas de protocolos informáticos criptográficos “tienen que ver con una materialización tecnosocial de ideologías, esquemas de valores y formas de entender lo colectivo, la dignidad individual, los derechos e incluso la idea de justicia” y suponen “una arquitectura de gestión de las relaciones sociales y con ello una pauta ética de interacción” (Mallamaci, 2024, p. 24).

La hipótesis que guía el estudio es que las criptomonedas en general y bitcoin en particular significan una ruptura que acarrea transformaciones de, por un lado, nociones estructurales de la economía política (el dinero, la política, y la economía misma), y, por otro lado, la anatomía social, esto es, las maneras en que circula el poder. A través del análisis genealógico de las tecnologías que posibilitaron la emergencia del dinero digital y del estudio discursivo de los actores más relevantes del ecosistema *cripto*, el ambicioso objetivo del libro es reconstruir arqueológicamente la historia del dispositivo criptomonetario, las ideas que le dieron origen -recorriendo sus aristas técnicas, matemáticas, políticas y económicas-, así como su circulación social, las diferentes significaciones y usos que se les otorga. No se encontrará el lector con una crítica ideológica, moral o apocalíptica del fenómeno, sino con un análisis sesudo, guiado por el gesto antropológico de *comprender* las ideas, valores y prácticas asociadas al ecosistema criptomonetario, sin descuidar, por supuesto, la economía política, pero, vale aclarar, no entendida esta última como una cartografía de dominantes y dominados, sino como un entramado de relaciones de poder multidireccionales con efectividad ontológica.

El libro se organiza en tres partes de tres capítulos cada una; oficiando la última de ellas como conclusión. La primera, “El dinero más allá y más acá de las ciencias económicas”, presenta la perspectiva teórica del autor, que vincula las nociones de poder, técnica y dispositivo con las de

dinero, mercado y Estado. Aunque prima el andamiaje conceptual foucaultiano, se trata de un encomiable trabajo de puesta en diálogo de perspectivas en apariencia radicalmente distintas.

El primer capítulo, “Poder, técnica y dispositivo”, procura establecer un abordaje del poder combinando los aportes de Foucault con la perspectiva de Hannah Arendt. A su vez, retomando a autores como Simondon, Stiegler, entre otros, se discute la no neutralidad de la técnica, mostrando como poder y técnica están íntimamente vinculados.

Primeramente, Mallamaci sintetiza la perspectiva foucaultiana acerca del poder, definido como “algo que no se entrega ni se intercambia, sino que se ejerce y solo existe como acto y potencia” y que “no es una extensión de las relaciones económicas, sino una relación básica de fuerzas” (Mallamaci, 2024, p. 46). El poder es ubicuo, se encuentra en todas las dimensiones de lo social; es, para hablar con Lacan, el punto de capitón que permite estabilidad. Sin embargo, no ha de creerse que se trata de una perspectiva a-histórica o miope para el cambio. El poder circula, fluye, despertando a su paso resistencias de todo tipo, “contrapoderes” que no obstante no le son ajenos. El poder, en efecto, no (solamente) constriñe, sino que tiene efectos positivos, *hace hacer*. Para Foucault se trata de la estructura sobre la que se funda lo social. Mallamaci, en una apuesta teórica que quizás no sería aprobada por el mismo Foucault, pero que no deja de tener potencia teórica y heurística, define ese mundo previo a la intervención del sujeto (su “afuera”) como “entre-los-cuerpos” que, en términos de Arendt, es lo que posibilita lo político. Ese mundo de “entre” está signado por relaciones de solidaridad, reciprocidad, luchas y tensiones, constituyendo una “paradójica insociable sociabilidad” (Mallamaci, 2024, p. 52, expresión tomada de Kant). La perspectiva foucaultiana del poder que retoma lúcidamente Mallamaci, en especial su énfasis en la positividad del poder, permite anudar la pre-existencia de lo social (o el “entre-los-cuerpos”), y la posibilidad de su modificación. Porque, como dice el autor -en un vocabulario más existencialista que foucaultiano- “los humanos son seres abiertos hacia un horizonte de posibilidades; dicho de otra forma, son un poder-ser” (Mallamaci, 2024, p.52).

El segundo tópico abordado en el capítulo es el de la neutralidad de la técnica. Retomando las categorías de Heidegger, Mallamaci señala que, por un lado, la mediación tecnológica hizo que los humanos convirtieran en objeto a la naturaleza “mediante el poder de la conexión abstracta del cálculo, unido a la potencia económica de la industria” (Mallamaci, 2024, p.56). En segundo lugar, argumenta que las tecnologías han construido un orden social específico, en el sentido de que condicionan las actividades cotidianas: las formas en que los humanos se trasladan por el espacio, sus trabajos, sus relaciones personales. Así, el autor, por caminos algo divergentes, se aproxima a la Teoría del Actor Red, planteando que los artefactos tecnológicos, como cualquier dispositivo, ejercen una coerción al tiempo que amplían las capacidades de los humanos, tienen *agencia*.

Por otro lado, el capítulo cuestiona la supuesta evidencia de los límites entre vida y técnica. En efecto, la tecnología, al menos desde la revolución industrial, se autonomiza crecientemente del accionar humano, proceso que se agudiza con las telecomunicaciones, la programación, la codificación de sistemas, el internet de las cosas, etc. Mallamaci retomando a Leroi-Gourhan (1988), sostiene que lo humano es indisociable de la técnica, y afirma que esa imbricación se acentuó con las innovaciones modernas. La noción de dispositivo permite al autor anudar la dimensión del poder y la de la técnica. Esta perspectiva tecno genética, que a primera vista puede parecer teleológica, no lo es en absoluto. Se asume una relación de causalidad entre lo político, lo económico y lo tecnológico, pero se trata de ensamblajes no guiados por ninguna entidad

trascendente y, por tanto, de pura contingencia. Contingencia que el análisis arqueológico de Mallamaci procura revelar.

El segundo capítulo, “Saber-dinerario”, analiza el régimen de saber-poder que dio origen al dinero moderno. Siguiendo al autor, entre el siglo XV y XVI en Occidente se configuró un saber-monetario “ligado a ciertas prácticas institucionales, comerciales y de intercambio de las épocas renacentistas y medieval tardía” (Mallamaci, 2024, p.77). En línea con Foucault, se argumenta que en ese entonces se asumía que la relación entre las palabras y las cosas era de consubstancialidad. De manera concomitante, el saber económico asumía una relación entre riquezas y necesidades: el valor de uso era aún predominante y la moneda (en ese entonces, metal) era valor. Durante los siglos XVII y XVIII ocurrió una gran transformación en las formas de conocer el mundo, que fue aprehendido de ahí en más con la mediación de unidades abstractas de medida; se conformó una *mathesis universalis* que fue la condición *sine qua non* del surgimiento de la economía como campo de saber. Simultáneamente, la época mercantilista, centrada en la acumulación de metales –puesto que estos eran en sí mismos riqueza-, de manera paradójica liberó a la moneda de su valor intrínseco y el signo monetario pasó a conformar un sistema semiótico, es decir, de representación, cada vez más distanciado del universo material, proceso que llevó al papel moneda, al dinero digital y finalmente a las criptomonedas. A la matematización de la naturaleza le correspondió una monetización de la riqueza. En ambos casos se trata de sistemas de símbolos con pretensión de universalidad. De manera concomitante a estos cambios epistémicos, siguiendo a Mallamaci, se dio una transformación “moral”: la usura, tan condenada en la edad media, dejó de serlo y las finanzas se concibieron como un factor relevante de la economía. Así, surgió un tipo particular de poder hilvanado por el Estado, los mercados, el dinero y la banca. Esa forma de gubernamentalidad entiende que la función del Estado se encuentra limitada por lo económico y consiste en una gestión utilitaria con el objetivo de crear libertad económica. Dicha gestión es inspirada en la economía ortodoxa que, guiada por el aparente isomorfismo entre ciencias físicas y ciencias económicas –la *mathesis universalis*-, considera que existen fórmulas universalmente válidas de resolución de problemas, en las que el dinero es sólo una variable dependiente, sin ninguna influencia. El antagonismo latente entre el orden económico y político atraviesa todo el libro.

Contra esa concepción, el autor argumenta, insertando su trabajo en una larga tradición de sociología económica, desde Weber, pasando por Mauss, Polanyi, hasta Nigel Dodd y muchos otros, que el dinero es un artefacto sociocultural íntimamente vinculado con el poder. De hecho, define al dinero de la siguiente manera: “es un dispositivo de poder donde se entrelazan conflictos sociales que se subliman parcialmente en modos de regulación económica” (Mallamaci, 2024, p.101). Mallamaci se inspira en la teoría de la regulación francesa (Aglietta y Orléan, 1981) para afirmar que el dinero es la institución fundamental del capitalismo, y que sobre él se montan todas sus innovaciones, desde la banca, hasta el Estado y la gestión cotidiana de la vida. Al mismo tiempo, es el dispositivo que permite la continuidad de lo social, en tanto su aceptación como medio de pago y su acumulación como reserva de valor implica una confianza en el porvenir que es, en esencia, fe en la continuidad de lo social.

En el tercer capítulo, “El dinero (des)centralizado”, se abordan los tres procesos concomitantes que signaron la evolución del dinero como fenómeno político, económico y cultural desde el siglo XVI al XXI: su administración por parte de las instituciones estatales

(centralización), el proceso de financiarización comenzado a fines del siglo XX y la expansión de las tecnologías digitales.

Aunque existen antecedentes desde el siglo XVII, los bancos centrales no se formalizan hasta el siglo XIX, aunque eran poco los países que tenían un banco central hacia el 1900. Mallamaci describe de manera sucinta la función macroestructural de esas instituciones: ser pagador de última instancia en el sistema bancario, mantener el equilibrio de precios y la estabilidad monetaria, regular las dinámicas financieras, los mecanismos cambiarios, las tasas de interés y la emisión monetaria. El capítulo rastrea tres momentos en la evolución de los bancos centrales: el primero, desde su surgimiento hasta la crisis de 1930, signado por el esfuerzo por mantener el orden monetario, el patrón oro y la estabilidad de las finanzas mientras crecía la especulación. El segundo, desde la crisis hasta 1960, la “hegemonía keynesiana”, ó los “30 gloriosos”, cuyos signos fueron la repartija casi 50/50 entre el capital y el trabajo, el acuerdo de Bretton Woods, y los límites institucionales a la especulación financiera. El tercer y último momento inicia en 1970 y sigue hasta nuestros días, y se caracteriza por el “triunfo de los mercados” producido por la globalización financiera que erosionó la capacidad de intervención estatal, la salida de Bretton Woods, el “patrón dólar”, los procesos inflacionarios y el quiebre del consenso keynesiano y el retorno de la ortodoxia económica y sus manos invisibles. Con la salida del patrón oro se consuma, para el autor, el largo proceso de desmaterialización del dinero, se consagra su autorreferencialidad.

En este largo proceso que Mallamaci explica con detenimiento y sagacidad se configuró un dispositivo de tres aristas: la emisión de monedas soberanas, el sistema de reservas bancarias y una arquitectura transnacional crecientemente compleja de finanzas. Y estos tres grandes actores del capitalismo tardío, los bancos centrales, los poderes ejecutivos y el sector financiero, ejercen limitaciones recíprocas. Las bancas limitan la capacidad de emisión al tiempo que regulan las dinámicas especulativas; el sector financiero y los ejecutivos, a su vez, limitan el rol de los bancos centrales. Se trata de una dinámica de abstracción, control y centralización que opera sobre la base de esas interdependencias. Dinámica que pone en jaque a los Estados y su ya mencionada paradoja: su deber es garantizar la libertad económica, esto es, existir lo menos posible. Los órdenes económico y político se enfrentan y el resultado a fines del siglo XX y hasta la actualidad es un sentido común que considera que el segundo de los términos prácticamente sobra (posición discutida por el autor al recordar que, finalmente, todo el sistema financiero se sostiene gracias al pagador de última instancia que son los bancos centrales).

Dicho sentido común “anti-político” es producto, también, de la financiarización de la vida cotidiana, cuyos mecanismos Mallamaci examina con precisión quirúrgica combinando productivamente conceptos foucaultianos, claves analíticas del neooperatismo italiano y los aportes de Saskia Sassen. Desde siempre, argumenta, pero aún más desde la salida del patrón oro, la experiencia económica estuvo signada por la depreciación de las monedas nacionales. Ese fue el contexto en que se desarrolló la gubernamentalidad financiera, articulada “sobre el consumo, el crédito, el endeudamiento, los mecanismos dinerarios de control y las cadenas globales de circulación de valores” (Mallamaci, 2024, p. 129). Dicha forma de gubernamentalidad consiste en un disciplinamiento desde un “pragmatismo financiero”, que comienza con un cambio en el régimen de acumulación en el que las finanzas pasan a tener un rol protagónico, pudiendo constreñir las maniobras de los bancos centrales hasta alcanzar las economías domésticas. A esa

nueva forma de control de las actividades individuales el autor la denomina, retomando el término acuñado por Fumagalli, “biocapitalismo” o “bioeconomía”.

Por último, el capítulo aborda el rol de la programación computacional en el saber-poder dinerario y en el régimen gubernamental contemporáneo. En efecto, gracias a los avances de fines del siglo XX en esa área, asistimos al inicio del tercer milenio a una nueva forma de gubernamentalidad, una gubernamentalidad algorítmica que consiste en “una producción de conocimientos estadísticos y nuevos tipos de normalización que emergen de la correlación en tiempo real de datos e interacciones en línea” con tecnologías que permiten la “anticipación de comportamientos y funciones (parcialmente) decisionales” (Mallamaci, 2024, p.141). Otro paso hacia la pérdida de protagonismo estatal. Este nuevo régimen se superpone a la gubernamentalidad liberal y a la financiera, las superpone a sus lógicas y las instrumenta con sus fines. Se trata de la “economía de la información” o “economía digital”. La subjetividad que le corresponde a este nuevo tipo social es una individualizada, que abraza las tecnologías digitales y financieras como herramientas de emancipación con respecto a los Estados, percibidos como instrumentos burocráticos tiranizantes.

La segunda parte, “Pecunia digital” se aboca a la genealogía del dinero electrónico y de las criptomonedas. El cuarto capítulo, “Entre átomos y bits” aborda la influencia del saber electromagnético en las organizaciones sociales y la llamada “era de la información”. Analizando los desarrollos en electrónica del siglo XIX, Mallamaci rastrea la constitución de “un orden eléctrico de lo social, lo económico y lo cultural en general” que tuvo como resultado una “condición humana electrónica” (Mallamaci, 2024, p. 157), transformación ontológica que también fue estudiada por Eric Davis (1998) y que con el desarrollo de la informática y la cibernética, y con la invención de Internet tuvo un salto cuantitativo y cualitativo, convirtiéndose los dispositivos informáticos en órganos *exosomáticos*, al decir de Bernard Stiegler, y en todo un nuevo modo de interacción social. Sobre esta gran matriz electromagnética, siguiendo a Mallamaci, se erigieron tres horizontes a lo largo del siglo XX: la utopía liberal basada en la “economía del conocimiento”, los movimientos contraculturales que constituyeron una suerte de anarquismo libertario sui generis, y la búsqueda de eficiente control y planificación estatal del bloque soviético. No obstante, el comunismo prontamente consideró que el potencial descentralizador de esas tecnologías era contrario a su modelo de nación. El autor apunta que el cruce y la alimentación recíproca entre el avance de Internet, la financiarización de la economía y los valores de la contracultura juvenil son los que signan la evolución tecnológica y económica desde entonces. Su resultado es lo que Mallamaci denomina “un hipercapitalismo tecnoinformacional”, basado en el usufructo de los datos (Srnicsek, 2018) y en el dinero digital (aun más autorreferencial), al que le corresponde una subjetividad altamente individualizada (Sadin, 2018), cuyos protagonistas son grandes empresas transnacionales inmunes a la influencia estatal (Castells, 2017), y caracterizado por un “optimismo pos-político” basado en una tecno-utopía que cree en la eficiencia y en la transparencia de los algoritmos. De esta manera, Mallamaci da cuenta del surgimiento de una ontología ya no pos-humanista, sino anti-humanista, a la que le corresponde una ética de la desconfianza por la intervención humana y que, en su versión maximalista, propone que el control sea delegado a entidades de silicio y digitales (Ludueña Romandini, 2024).

El capítulo siguiente, “El espectro criptoanarquista”, analiza el surgimiento de bitcoin, su vínculo con las fintech, y su creciente amalgamamiento con la economía tradicional. Aquí, Mallamaci retoma la digitalización del dinero concomitante a los cambios del capitalismo

abordados en el capítulo anterior. La tecnología blockchain se inserta en ese proceso, pero su particularidad radica en que hasta su aparición “las innovaciones tecnológicas no habían jaqueado el rol de los Estados, los bancos centrales, el dólar, el euro o el yuan” (Mallamaci, 2024, p. 194). Luego, Mallamaci aborda los desarrollos en criptografía de los años 70, la convergencia entre tecnologías digitales y contracultura que dio origen al espíritu hacker y la cultura *cyberpunk* cuyo emblema es la oposición con medios tecnológicos a cualquier forma de centralización del poder en manos humanas. Ese *ethos* se combinó con el saber dinerario dando origen a las experiencias de dinero descentralizado, cuya expresión exitosa fue bitcoin en el 2008, y cuyo eje es su carácter deflacionario, lo que denota la influencia de la economía ortodoxa en su creación. Mallamaci sostiene, con razón, que estas nuevas formas monetarias están basadas en un nuevo tipo de confianza, una forma de confianza algorítmica cuya contracara es la desconfianza por la centralización en instituciones humanas. Delegar el poder a los algoritmos permite, para sus defensores, aumentar la soberanía individual, en este caso a través del dinero, para oponerse a los Estados, los bancos centrales y, en menor medida, al sistema financiero tradicional que estaría, para el sentido común *bitcoiner*, en perversa mancomunidad con las otras instituciones para despojar a los sujetos de sus derechos naturales. Además, la confianza en el bitcoin se basa, para el autor, en un mito fundacional: la desaparición de Satoshi Nakamoto, la persona o el grupo de personas que dio origen a la tecnología blockchain y a la “*trustless coin*”, enigma que Mallamaci procura desentrañar con arriesgadas e interesantes hipótesis. No obstante, no deja de llamar la atención que bitcoin se autoproclame una moneda “sin confianza”, porque sus creadores y apólogos consideran que es una moneda con valor *fundamental*; se trata, en suma, de un neometalismo (Maurer, Nelms y Swartz, 2013), una forma tecnológica de poner término a la autorreferencialidad del dinero, y, en última instancia de saldar la distancia entre el valor y su representación. De la exposición de Mallamaci se desprende que, finalmente, lo que buscan bitcoin y la delegación de lo político al algoritmo es volver a anudar palabras y cosas, abolir la distancia que separa símbolo y real, que es una garantía de las democracias modernas. Ese principio inherente al proyecto criptomonetario es la base de las tensiones con el capitalismo y con los Estados que Mallamaci examina con acribia.

Sin embargo, el autor no incurre en un determinismo tecnológico. Además de señalar la heterogeneidad al interior de las comunidades de criptomonedas, por ejemplo, a propósito de la deseabilidad o no de la intervención estatal, el capítulo desmenuza que el ecosistema cripto devino algo muy distinto a lo soñado por sus creadores y sus más fieles acólitos. Por un lado, emergieron miles de monedas con criterios contrarios a los de bitcoin –aunque esta sigue siendo la de mayor capitalización. Además, todo el ecosistema criptomonetario se amalgama crecientemente con las finanzas tradicionales, los Estados procuran con escaso pero creciente éxito intervenir en su circulación, la enorme cantidad de estafas que proliferaron en el mercado de criptomonedas, además del uso mayoritariamente especulativo del que son objeto. A pesar de estos desvíos del proyecto original, lo cierto es que las cripto erosionan la capacidad estatal: ya sea quienes creen en ellas como dinero, las empresas que buscan simplemente desarrollar softwares lucrativos o quienes las utilizan como meros activos financieros, participan de un mercado que mantiene una relación centrífuga con respecto al Estado y que contribuye a una subjetivación que rechaza su injerencia. A esto y a la velocidad con que evolucionan estas nuevas tecnologías se debe que el Estado queda flotando en el vacío o en crisis en el sentido gramsciano: casi no puede gobernar lo viejo, porque casi no existe y lo nuevo no termina de nacer. El Estado

queda de esta manera condenado a una obsolescencia permanente en lo legal y en lo epistémico: no puede regular aquello que no conoce y que casi por definición no puede terminar de ser conocido.

El capítulo que cierra la segunda parte, “In god we trust”, analiza el surgimiento de una formación discursiva en torno a las criptomonedas y la configuración del ecosistema criptomonetario argentino, señalando cómo estas nuevas tecnologías, que son en sí mismas producto y agentes de la globalización, no son ajenas a determinaciones locales. Mallamaci señala los problemas estructurales de la economía argentina siguiendo los trabajos de Mario Rapoport, Pablo Gerchunoff y Lucas Llach, entre otros, señalando el déficit casi permanente en la balanza de pagos y la escasez continua de reservas, lo que acarrea una constante depreciación de la moneda nacional, proceso de larga data que llevó, hace ya años, a una economía “bimonetaria”, en la que el dólar es no sólo moneda de uso corriente, sino que es el signo monetario preferido, a pesar de los intentos de freno cuya eficacia Mallamaci pone agudamente en cuestión. Este contexto, sumado a un Estado que hace tiempo es sólo una mímica para vastas mayorías (Seman, 2023), es proclive a la difusión del dogma liberal según el cual es la emisión monetaria descontrolada la causante de la inflación. De esta manera, el autor esboza una sociología de la adherencia a un artefacto monetario (las criptomonedas) y a una ideología (que apresuradamente podemos denominar “libertaria”), atendiendo seriamente a los motivos de sus usuarios. Así, un Estado deficiente y una economía en permanente vaivén, generan desconfianza por las instituciones tradicionales, y hacen de la Argentina un terreno propicio para la expansión de las criptomonedas, que de manera paulatina se van hibridando con la economía tradicional, erosionando aún más la capacidad de acción estatal y su legitimidad. El Estado intenta intervenir en el nuevo ecosistema, pero con éxito nulo, ya que la normativa vigente es, como muestra el autor, un conjunto heterogéneo y contradictorio de leyes sueltas.

Además, el capítulo, en un gesto etnográfico identifica la diversidad de usos que se aprecian en el desarrollo del ecosistema bitcoin en Argentina: empresarios, mineros, especuladores, *traders*, quienes las usan como reserva de valor, quienes pretenden que se conviertan en moneda de uso corriente, etc. A grandes rasgos, incurriendo en una generalización acaso torpe, pero con poder heurístico, puede decirse que existen usos económicos (vinculados al objetivo de acrecentar ganancias o refugiarse de la inflación) y políticos. Los usos políticos se basan en la ética cypherpunk, criptolibertaria, abordada en el capítulo anterior, en la convicción de que bitcoin –y otras criptomonedas– constituye un instrumento de empoderamiento de los individuos contra las fuerzas tiránicas que los oprimen. También se analizan los cambios en la manera en que el Estado y los poderes concentrados se vincularon con las criptomonedas, señalando sus oscilaciones y su creciente imbricación –no exenta de ambigüedades.

La tercera parte, “*Vires in numeris*”, cuyo título se basa en el texto de la primera billetera física de bitcoin, oficia de conclusión del libro. En cada uno de sus capítulos se revisa de manera condensada lo que se encuentra en los capítulos anteriores, vinculando el nivel teórico (primera parte) con el empírico (segunda parte). En el capítulo “*In code they trust: dinero y tecnolibertarismo*” se piensa las criptomonedas como un emergente del cruce entre el orden electromagnético y las nociones de la economía austriaca que se expresa en un “tecnolibertarismo”, poniendo de manifiesto la no neutralidad de la técnica y la performatividad de las ciencias económicas. Además, en un ejercicio de simetrización de ecos dumontianos, Mallamaci contrasta los tipos de emancipación planteados por Hayek y Marx, señalando que el

segundo, poniendo la libertad como aspiración, acaba por sentenciar la necesaria desaparición del Estado, y el primero, al poner la libertad individual como aspiración y también como presupuesto, apunta a la disolución de toda forma de intermediación social, pero justifica la existencia del Estado como garante del cumplimiento de los contratos interindividuales. En aras de la libertad individual, el tecnoliberalismo (que combina, como se dijo, elementos de la economía austriaca con otros de la cultura hacker) defiende un socialismo informacional (la información ha de ser pública) y dinerario (bitcoin no es una moneda privada, porque en rigor la blockchain no pertenece a nadie). Para Marx, era preciso socializar los medios de producción para que los humanos se encontrasen con su “ser social”; para los tecnolibertarios es preciso socializar el dinero y la información para encontrarse con el “ser individual”. Mallamaci observa que el modelo de poder que le corresponde a esta nueva sociedad en ciernes es una “tecnocracia extrasoberana”, caracterizada por la delegación de la autoridad al algoritmo y el desconocimiento de las fronteras nacionales.

El capítulo siguiente, “*Internet of value*: el problema de la confianza y el valor”, analiza, valiéndose del andamiaje conceptual de la teoría de la regulación, la naturaleza del dinero y sus transformaciones acarreadas por las criptomonedas. El dinero, para Mallamaci, es la reificación del lazo social y su sustento, su *a priori*, es la *confianza*, confianza en acto, no reflexionada. Es, para tomar prestada una expresión psicoanalítica, “saber no sabido”. Pero, al revés que en la terapia, cuando ese saber se sabe, deja de ser autoevidente, hay crisis. El garante de dicha confianza en la historia moderna ha sido el Estado y es esa jerarquía la que es cuestionada por bitcoin y las tecnologías blockchain, que son consecuencia y causa de la crisis de legitimidad del Estado. Consecuencia porque aparecen en un momento en que la economía tradicional entró en crisis en el 2008; causa porque ellas mismas, al basarse en una ontología antihumanista, irradian con su circulación creciente esa desconfianza por las instituciones tradicionales.

El autor discute también con los enfoques marxistas que consideran al trabajo humano como fundamento último del valor. Para el autor, las criptomonedas ponen en evidencia que “existe una continuidad entre máquinas, automatizaciones y humanos que deja obsoleto ese tipo de enfoques” (Mallamaci, 2024, p. 395). Las criptomonedas aquí son definidas como “protocolos de intercambio y registro de información con un potente arco de diversas funcionalidades; entre ellas la de ser una moneda” (Mallamaci, 2024, p.402). Su valor se basa, para él, en una definición economicista del valor como escasez, un sistema de emisión programado, predecible y finito, la afirmación de la libertad individual, y la confianza reticular descentralizada.

El último capítulo, “*Internet of Money*: el dispositivo dinero-poder” sostiene que el sujeto del mundo bitcoinizado, pero no solamente, es el *homo algoritmicus*. Aunque Mallamaci descrea de la posibilidad de una total bitcoinización del mundo –como desean sus apólogos maximalistas- sí advierte que hay una reestructuración del capitalismo que está parcialmente en curso y que está traccionada por estas nuevas tecnologías. El *homo algoritmicus* es el habitante de ese mundo en ciernes que acaso nunca exista plenamente pero sí se insinúa con fuerza, un mundo gobernado por la supuesta neutralidad del dinero y de los algoritmos, un mundo anti-humanista.

Finalmente, el libro cierra con un epílogo a propósito de la coyuntura política argentina, en el que se menciona la evidente afinidad de sentido entre el programa de gobierno libertario y el bitcoin. De la misma manera que bitcoin acabó reproduciendo ciertos patrones de la economía tradicional, hibridándose con ella, Milei tampoco está siendo todo lo revolucionario que prometía

y, para Mallamaci, de manera análoga a las criptomonedas, se encuentra constreñido –y habilitado– por las mismas instituciones que pretendía combatir.

El libro de Marco Mallamaci se inserta en un campo recientemente abierto por las ciencias sociales y sumamente rico en sus problemáticas, riqueza que el autor aprovecha abordando rigurosamente sus ángulos técnicos, políticos, culturales y económicos. Se señala la continuidad de las nuevas formas monetarias con las maneras en que la modernidad aprehende la naturaleza y la economía. Asimismo se analiza su relación con los procesos de financiarización que le precedieron, con los desarrollos cibernéticos e informáticos desde el siglo XIX, y con elementos contraculturales que influyeron enormemente –aunque no de la manera en que sus promotores quizás esperaban– en la evolución del capitalismo. Señalando la indisociabilidad entre técnica y poder y en contra del mito moderno de la neutralidad tecnológica, Mallamaci nos ofrece una historia *total* de la moneda digital.

El trabajo reseñado es fruto de una investigación ardua, nutrido de lecturas de las más variadas disciplinas y marcos teóricos. Sus arriesgadas hipótesis, además, conectan fenómenos del presente con procesos de muy larga data. Esto lo convierte en objeto de interés para todo especialista en ciencias sociales (incluidos aquí, a despecho suyo, los economistas ortodoxos). Pero, además, *Poder y dinero en la era del bitcoin* es un libro sobre el futuro, un futuro que, como predijo un músico popular, llegó hace rato. Eso hace su lectura recomendable para cualquier persona interesada en el mundo contemporáneo y en el mundo por venir.

Referencias

- Aglietta, M. y Orléan, A. (1981). *La violencia de la moneda*. Siglo XXI.
- Callon, M. (2008). Los mercados y la performatividad de las ciencias económicas. *Apuntes del CECYP* (14), 10-68.
- Castells, M. (2017). *La era de la información*. Alianza.
- Davis, E. (1998). *Tecnosis*. Caja Negra.
- Leroi-Gourhan, A. (1988). *El hombre y la materia*. Taurus.
- Ludueña Romandini, F. (2024). *Imperium Technologicum. La teología política digital y la nueva mitología planetaria*. Miño y Dávila.
- Mallamaci, M. (2024). *Poder y dinero en la era del bitcoin. Una historia de la moneda digital*. Fondo de Cultura Económica.
- Maurer, B., Nelms, T., Swartz, L. (2013). When perhaps the real problem is money itself: the practical materiality of bitcoin. *Social Semiotics*, 23 (2), 261-277
- Sadin, E. (2018). *La silicolonización del mundo. La irresistible expansión del liberalismo digital*. Caja Negra.
- Seman, P. (2023). *Está entre nosotros*. Siglo XXI Editores.
- Srnicek, N. (2018). *Capitalismo de plataformas*. Caja Negra.